

## I

### LA IDENTIDAD CULTURAL EUROPEA

#### 1. INTRODUCCIÓN

**E**n 1949, poco después de finalizar la Segunda Guerra Mundial, Juliette Gréco, que por entonces cantaba en el club Taboo, paseaba con su amante, Miles Davis, el famoso trompetista de *jazz*, a orillas del Sena en París. Gracias a la decisión de un general alemán, que se opuso a los deseos de Hitler de destruirla en su huida, París era la capital europea que mejor se había conservado. No sucedía lo mismo con Berlín, de modo que Marlene Dietrich no podía pasear con Ives Montand por los alrededores de la Puerta de Brandenburgo. Fue también el año en que Denis de Rougemont, famoso por su libro *El amor y Occidente* y asimismo creador de la Asociación Europea de Festivales de Música, escribía un desmoralizador informe sobre la destrucción de Berlín y la horrible situación de las mujeres y niños que allí vivían.

Son dos imágenes que hemos de tener presentes para comprender por qué se creó la Comunidad Europea. Después de haber sido durante dos mil años el continente más poderoso del mundo, Europa se hundió tras las dos devastadoras guerras mundiales del siglo xx. Y de ahí pasó a convertirse en el campo de batalla de la guerra fría entre la Unión Soviética y los Estados Unidos de Norteamérica. El centro del poder fue transferido a Washington y Moscú. Como escribió el filósofo alemán Peter Sloterdijk en su libro *Si Europa despierta*, esto es algo que debemos recordar antes de criticar a las instituciones europeas. Estos organismos eran tan necesarios como muletas para nuestra convalecencia, después de que Europa se rompiera todos los huesos del cuerpo y, como escribió George Steiner en sus reflexiones sobre este continente, después de haber destruido gran parte de nuestra alma cultural con el exterminio de seis millones de judíos y gitanos.

Por lo tanto, el que algunos de nuestros mejores políticos crearan en 1951 la Comunidad Europea del Acero y el Carbón fue un acto visionario, porque Europa necesitaba un tratado económico básico para evitar que estallara otra guerra entre Francia y Alemania. Hubiera sido un error monumental comenzar con un tratado cultural, un contexto en el que Jean Monet es citado erróneamente. Las heridas y las lesiones en ambos bandos eran demasiado importantes y, con la gente muriéndose de hambre, no había lugar para reflexiones culturales. No obstante, resulta interesante ver cómo los alemanes encontraron fuerzas para reconstruir sus teatros y cómo esas dos guerras mundiales inspiraron el movimiento existencialista en París, en el cual Sartre (francés) aprendió de Heidegger (alemán) y donde la *jeunesse dorée* creada en torno a Boris Vian adoraba a

Duke Ellington, en lo que también fue el comienzo de la americanización de Europa.

Vista ahora, la foto de la firma del Tratado de Roma el 25 de marzo de 1957 aparece por tanto como uno de los más emotivos e inolvidables acontecimientos de la historia de Europa, por lo que debería estar presente en todos los libros de historia y en todas las cadenas de televisión. Todo ello significa que, cada vez que veo esta imagen, mi mensaje no puede ser más que positivo. Nosotros, los europeos, debemos tener el valor de decir, como Martin Luther King: «Sí, tenemos un sueño». Y los euroescépticos, a quienes les gusta hablar de pesadillas, deberían recordar que la puesta en práctica de grandes visiones necesita su tiempo. Cincuenta años no son nada en la historia humana. Hemos olvidado que después de la declaración de los Derechos Humanos en 1789, donde se dijo que todos los seres humanos debían ser tratados igual, las mujeres de Europa todavía hubieron de luchar durante otros cien años antes de que consiguieran el derecho a votar para elegir a los miembros de su Parlamento.

En cambio, durante estos últimos cincuenta años hemos conseguido enormes logros, y creo que necesitábamos incluso la crisis actual para contraer la obligación de ir más allá en la construcción de la Comunidad Europea. Lo que resulta fascinante, y hoy debe darnos esperanzas, es que la élite intelectual de Europa haya pasado de ser una observadora escéptica a una defensora activa de la Unión Europea, tal y como explican el filósofo alemán Jürgen Habermas, el austríaco Robert Menasse y también Daniel Cohn-Bendit, quien como el santo en su camino de Damasco, pasó de Saulo a Pablo.

El mundo político y económico no repara demasiado en estas circunstancias; por lo tanto, es hora de utilizar el potencial cultural presente en todos los países europeos para educar a la población en el hecho de que todos pertenecemos a una gran comunidad cultural que se expresa en lo que denominamos «identidad europea». Una identidad que no es una entelequia, sino algo muy concreto; pero antes de profundizar en esta cuestión debo detenerme en dos circunstancias muy particulares: el nacionalismo y el fundamento de todo orden social.

## 2. NACIONALISMO

Friedrich Schiller, el famoso poeta del movimiento *Sturm und Drang*, que escribió la *Oda a la alegría* que Beethoven empleó para el final de su *Sinfonía n.º 9*, fue uno de los primeros autores que creó un sentimiento de «nación», como podemos ver en la última escena de su obra de teatro *Guillermo Tell*. Allí, abrazado por las montañas mientras el sol se alza, el pueblo se siente como una nación.

Fue durante la Revolución francesa cuando la nación se convirtió en la representación de la voluntad del pueblo mediante un parlamento democráticamente elegido y, con el nacimiento del siglo XIX, aparecieron todos los rasgos de la nación: la bandera reemplazó al escudo de armas, y el himno nacional, empezando por *La Marsellesa*, se convirtió en la manifestación lírica de este sentimiento de solidaridad. Napoleón utilizó esta conciencia nacional para conquistar Europa; el problema es que tras haber sido conquistados por él, esos países desarrollaron un sentimiento nacional propio. Como describe Tolstói en *Guerra y*

paṣ, solo con el ataque de Napoleón surge la cultura nacional, con figuras como Dostoievski o Mussorgski.

A comienzos del siglo XIX, el nacionalismo era un movimiento de vanguardia que destruyó los privilegios de la aristocracia feudal. En Alemania desaparecieron muchos ducados y condados para crear una nación alemana, lo mismo que sucedió en Italia. Wagner y Verdi serían sus respectivos héroes. Para comprender el carácter de vanguardia del movimiento nacional, uno ha de leer a Georg Büchner, el alemán que escribió sobre la muerte de Danton, o a Woyzeck y sus informes sobre la horrible situación de la Alemania feudal (en el ducado de Hesse, por ejemplo). Por otra parte, comprender el espíritu revolucionario del nacionalismo es sencillo cuando nos cuentan que en 1837 Ernesto Augusto I —rey de Hannover y primo de la reina Victoria— despidió a siete profesores de la Universidad de Gottinga —entre ellos a los hermanos Grimm— porque habían firmado una carta de protesta contra la abolición de la primera Constitución del reino.

Históricamente, el nacionalismo ha sido uno de los más importantes movimientos de la historia europea moderna, puesto que destruyó el feudalismo y creó la transición hacia nuestras democracias parlamentarias. Desgraciadamente, esta fuerza positiva que unió a Italia, Alemania, Gran Bretaña y posteriormente a España sufrió los abusos de un nuevo movimiento imperialista europeo, del mismo modo que lo había hecho Napoleón. La sucesión de guerras y monarcas absolutos del pasado se transformó en la lucha de las naciones por dominar Europa, y condujo a que, entre 1870 y 1945, nuestro continente sufriera las guerras más desastrosas que haya conocido nunca.

Tras la Segunda Guerra Mundial, los padres de la Unión Europea comprendieron que el frágil equilibrio existente entre las diferentes naciones europeas ya no era suficiente, y que con vistas al futuro, el continente europeo necesitaba la unión de la naciones europeas. Por consiguiente, hoy el nacionalismo se ha convertido en un movimiento reaccionario, cuyos líderes se niegan a comprender que si bien el movimiento nacionalista fue útil entonces, hace más de un siglo, en la actualidad, con un mundo en permanente cambio, requiere nuevos puntos de vista.

Hoy día los nacionalistas defienden, como hicieron los aristócratas de finales del siglo XVIII, unos privilegios que se oponen a un destino común más grande para el pueblo europeo. La época del Estado-nación ha terminado. Para hallar soluciones a nuestra nueva situación necesitamos nuevas estructuras estatales y, si no somos capaces de comprender esto, como no fueron capaces las ciudades-estado griegas, acabará por aparecer un nuevo Alejandro Magno que nos lo enseñe.

### 3. EL ORDEN SOCIAL

Una segunda cuestión en la que hemos de detenernos es la de garantizar el equilibrio de nuestro orden social, porque el único motivo de que llevemos una década hablando de una gran crisis es que nuestro sistema social ya no funciona correctamente. Este orden se basa en el frágil equilibrio entre los tres sistemas del mismo: el económico, que regula la producción e intercambio de bienes; el político, que regula las relaciones entre los propios individuos así como las de estos con las instituciones que hemos creado con ese propósito; y, por último, el cultural,

que es la expresión de la relación de los seres humanos con la naturaleza, cuyo contenido es el resultado de la creatividad humana, y que tiene sus principales expresiones en el arte y la ciencia. Hemos de comprender también que estos tres sistemas no son independientes, sino que están en permanente interconexión; el sistema económico posee aspectos políticos y culturales, mientras que la cultura también forma parte del sistema económico; y la política posee objetivos culturales y económicos.

Las razones de nuestro actual desorden son evidentes: dentro de cada parte del sistema hemos perdido el control de las reglas más elementales. En el sistema económico, los defensores del neoliberalismo pretenden que el mercado sea el único que dicte la producción y el intercambio. Por si esto fuera poco, la moneda no solo se convierte en un medio, sino que además pensamos que debemos crear dinero con dinero, como en los casinos. Ya sabemos lo que sucedió con las vacas que siendo vegetarianas fueron alimentadas con carne, lo que originó la enfermedad de las vacas locas. No obstante, quiero dejar claro que no pertenezco a esa parte de la clase intelectual que condena en general todos los aspectos del neoliberalismo. Comprendo perfectamente que alguien pueda sentirse fascinado, como fue el caso de Michel Foucault en su última lección en el Colegio de Francia, con algunas de las lecciones de Isaiah Berlin o del vienés Friedrich Hayek. Tras la desastrosa experiencia de la planificación económica comunista, podemos comprender que alguien prefiera la idea del pluralismo antes que el propósito de un objetivo común, como se ha ido desarrollando desde Rousseau y Kant. Pero si estoy de acuerdo en que la globalización de la economía mundial nos obliga a encontrar soluciones más

refinadas, como el llamado objetivo humano común, no creo que el mercado sea el único que deba gobernar en solitario el sistema económico. Eso sería un sistema monopolístico, igual al bien común de Rousseau. Si el mercado ha de dictarlo todo en el sistema económico, ¿cómo reaccionar entonces ante la producción de armas o ante un sistema de entretenimiento que explota la violencia, como vemos permanentemente en los medios de comunicación?

Pero el asunto no acaba ahí. Si el mercado fuera el único que dictara el sistema económico, el mercado crearía necesidades que quizá no fueran necesarias para una civilización. Todos nosotros podríamos hacer una lista de cosas que tenemos y no necesitamos realmente. Es el mercado el que ha creado una necesidad artificial. Eso equivale a decir que dentro del sistema económico la virtud de la solidaridad debe ser tan importante como la virtud del pluralismo. De modo que me quedé muy impresionado con la entrevista que le hicieron a un gran banquero, Herman Wijffels, quien explicó en el periódico *De Tijd* que en el futuro puede que sea importante que reflexionemos sobre la necesidad de poseer bienes y que quizá alquilar un coche podría ser tan útil como poseerlo. Algo que, evidentemente, necesita un debate *cultural* sobre la propiedad.

El desorden del sistema político se vuelve evidente con los gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. En cuanto pretendes, como político —algo que para mí significa no comprender lo básico del neoliberalismo—, que cuanto menos Estado haya, mejor para la sociedad, reduces la importancia del político, con la consecuencia de que los electores pueden pensar que votan y pagan a gente que no necesitan. La siguiente conclusión a la que pueden llegar quizá sea entonces que los

políticos no son más que gente que recibe dinero por proporcionar servicios que no necesitas y que, por lo tanto, deben de ser corruptos. Una idea que, por si fuera poco, ha sido explotada por los medios de comunicación, como ha demostrado la prensa de Murdoch con total claridad; si el mercado es el único que dicta el sistema económico, las consideraciones éticas dejan de desempeñar un papel. La realidad es que necesitamos de nuestras instituciones políticas para asegurar el orden social mediante un equilibrio entre los valores económicos y los culturales.

El sistema económico sufre el hecho de que en su seno y en el del sistema político la cultura solo es considerada un apéndice; y no solo esto, sino que también adolece de la permanente confusión entre cultura y arte. El arte es una parte, al igual que la religión y la ciencia, del sistema cultural; pero en la mayoría de los casos las obras de arte son protestas contra el paisaje cultural.

Una civilización se da forma a sí misma mediante un sistema sofisticado y eso significa que en el sistema cultural también encontraremos soluciones para el desbarajuste de los sistemas económico y político.

#### 4. IDENTIDAD EUROPEA

Una vez dicho esto, queda claro que para encontrar soluciones a los problemas políticos y culturales de Europa tenemos que integrar la reflexión y la comunicación en el aspecto cultural de la civilización europea. Hemos fracasado a la hora de comunicar la identidad cultural europea, porque si la población europea tomara conciencia de esta identidad, podría convencerse de que la integración política europea es la consecuencia histórica

lógica de esta misma identidad. Por medio del conocimiento de esta identidad quedaría claro que el Estado-nación fue un momento histórico importante, pero nada más: solo un momento en la historia, como antes lo fueron la tribu y el sistema feudal.

Por razones que no comprendo, mucha gente, incluso la mayoría de los políticos, tiene enormes problemas para explicar lo que significa «identidad europea»; siempre escuchamos palabras vagas, como «dinámica» o «iniciativa», y resulta bastante deprimente, porque el concepto es muy claro.

#### A. GEOGRAFÍA

Empecemos por la geografía de nuestro continente: ningún otro posee tanta costa como Europa, lo que explica nuestro afán de descubrimiento y por qué Europa fue el continente de la colonización. Cuando desde cualquier país europeo puedes ver el mar y el cielo sin fronteras, lo que quieres es ir más allá de ese horizonte. Este afán de descubrimiento, cuyo resultado fue la conquista de todos los demás continentes, con sus pros y sus contras, es un primer elemento básico de la identidad europea.

Esto también se explica con la narración mitológica de Europa. La virginal Europa es raptada por el dios Zeus, quien, transformado en un toro, se la lleva desde la costa de Oriente Próximo hasta la isla de Creta. De nuevo nos encontramos aquí con la dialéctica entre la tierra y el mar. La leyenda narra que nuestro ADN está relacionado con Egipto y las grandes culturas entre el Mediterráneo y Mesopotamia. Pero aún hay más: la historia del toro, uno de los animales más poderosos, una verdadera fiera, que nunca se come lo que ha matado, y símbolo

de la fertilidad, junto a la imagen de la inocencia de la virgen que sueña con el toro antes de ser desterrada por su padre, nos dice muchas cosas sobre los sentimientos eróticos europeos. En otras culturas el toro es reemplazado por un dragón o un mono, pero esa es otra cuestión.

El culto al toro continúa vivo en la historia del Minotauro y encuentra su expresión en el culto romano a Mitra. Este culto —importante en el ejército romano— fue oprimido por la civilización cristiana, pero terminó integrado en la Iglesia como el símbolo del evangelista Lucas. El culto al toro continúa vivo en España con la fiesta taurina. Leer a Ernest Hemingway, a Jonathan Little o ver las pinturas de Picasso sobre el tema explica mucho de nuestra identidad europea.

Continuando con nuestra geografía, Europa es el único continente que es posible recorrer a pie de una punta a otra, desde Bergen (Noruega) hasta Lisboa (Portugal). Resulta casi imposible hacer lo mismo por el Valle de la Muerte, por el desierto australiano, por las estepas mongolas o por la Amazonia brasileña. Por ese motivo, uno de los tempos más habituales en la música europea es el andante. Significa que *caminar* por el continente europeo es algo típico de nuestra cultura. El *Voyage en Italie* a través de los Alpes formaba parte de la educación europea, como es obvio en la *Drang nach den Süden* («atracción por el Sur») de Nietzsche, experimentada por Goethe y Stendhal y audible en el *Harold en Italie* de Berlioz. Desde hace más de un millar de años, millones de peregrinos recorren el camino hasta Santiago de Compostela. Las montañas de Europa no son fronteras, sino lugares de intercambio, y Aníbal y sus elefantes hubieran reaccionado de un modo diferente si se hubieran enfrentado al Himalaya o a los Andes. Originariamente, los

Pirineos era una cordillera en la que se producía el comercio y el encuentro entre personas; se convirtieron en frontera cuando Iberia se encerró en sí misma. Peer Gynt camina desde los fiordos noruegos hasta el delta del Nilo y lord Byron desde Inglaterra hasta Grecia. Théophile Gautier, Prosper Mérimée y Rainer Maria Rilke escribieron los más bellos poemas sobre sus viajes por España. La música europea no solo creó el tempo andante, sino un montón de obras maravillosas donde se aprecia esa fascinación por andar, como por ejemplo *Winterreise* (*Viaje de invierno*) y la *Wanderer Fantasie* (*Fantasia del caminante*) de Schubert o *Années de pèlerinage* (*Años de peregrinaje*) de Liszt.

#### B. FAUSTO Y DON JUAN

Otra señal de la identidad cultural de Europa son las historias de Fausto y Don Juan. Dado que los griegos y su mitología siguen estando presentes en tantas novelas y en nuestro teatro, hay que señalar que después Europa solo creó dos nuevas mitologías al principio de la Edad Moderna, en el siglo XVI: Fausto y Don Juan. Fueron tan importantes que se convirtieron en las obras maestras de dos de los más grandes artistas de Europa, Goethe y Mozart.

Fausto, creado en un entorno protestante en el norte de Europa, es el mito que nos habla del hombre europeo que se sitúa en el centro del universo —como hicieron antes Galileo y Descartes— y decide así explorar el cosmos entero. El Fausto de Goethe construye una ciudad en el mar, como Venecia, y si en la segunda mitad del siglo XX caminamos sobre la Luna, eso es lo que se llama un logro faustiano. Otras culturas nunca

pensaron en viajar hasta la Luna, pues la consideran una diosa y no un astro. Fausto, que había firmado un pacto con el diablo para redescubrir la juventud y volverse más sabio aún, pierde su alma en el momento en que dice: «*Verweile doch, du bist so schön*» («Detente, eres tan hermoso»). El motivo es que el hombre faustiano siempre quiere ir más allá; su álgter ego, Mefistófeles, se lo deniega todo para obligar a Fausto a ir más allá. Este espíritu faustiano explica todo lo sucedido en la historia europea. La creencia en el progreso permanente es un principio faustiano.

Don Juan fue creado en el entorno católico europeo del sur. El mito representa la revuelta contra la doctrina impuesta por la Iglesia católica desde san Agustín de que el sexo es pecado, relacionándolo con el pecado original, cuando en realidad el pecado original fue el deseo de saber diferenciar entre el bien y el mal. Don Juan es la historia de la destructora y creadora fuerza del Eros y, por lo tanto, trata también de la vida y de la muerte.

### C. RELIGIÓN

En relación con la religión, Europa es el continente de las tres religiones abrahámicas, importadas desde Oriente Próximo. Desde los celtas, los europeos no han inventado una sola religión, como sí han hecho otros continentes. Esto también indica que Europa es un continente esencialmente secular. Aquí el emperador o el rey nunca fueron dioses como en Egipto, Japón o China. También explica por qué tuvimos la batalla de las investiduras y por qué el emperador tuvo que caminar hasta Canossa. Es cierto que a partir de Constantino y Clodoveo el catolicismo se convirtió en la religión oficial del Estado, pero el papa siempre tuvo que llegar a acuerdos con el rey.

El carácter secular de Europa hizo posible el gran desarrollo filosófico que se inicia cuando menos con Platón y Aristóteles. En otras culturas, cuando la creación del mundo no se explica mediante la religión, se hace mediante la mitología, de modo que la filosofía se reduce a una mera creación de reglas éticas. En Europa la filosofía se convirtió en la búsqueda de lo que podemos conocer y de cómo podemos conocerlo. Kant solo fue posible en el seno de la identidad cultural europea.

D. *EL ARTE*

Si penetramos específicamente en el mundo del arte, descubriremos que no existe ningún gran movimiento artístico que pertenezca exclusivamente a una sola nación o país. El Romanticismo alemán llegó a Francia por mediación de madame de Staël y Chateaubriand. El movimiento inglés de los masones, por medio de Francia hasta Alemania. El Barroco, como símbolo de la Contrarreforma, se difundió a toda Europa por medio de los jesuitas y, por supuesto, el Surrealismo o el Expresionismo se encuentran en todos los países europeos.

La literatura sobre la emancipación de las mujeres en Europa en el siglo XIX es una cuestión europea y no nacional: *Madame Bovary* de Gustave Flaubert en Francia, *Hedda Gabler* de Henrik Ibsen en Noruega, *Anna Karenina* de León Tolstói en Rusia.

La técnica de la pintura al óleo de Jan Van Eyck fue llevada hasta Italia, y los retratos de los llamados primitivos flamencos conquistaron toda Europa. Pierrot no fue solo una figura de la *commedia dell'arte* italiana, sino que se convirtió en la pintura

más prestigiosa de artistas que van desde el francés Watteau al español Picasso. Pero hay más. Las llamadas artes típicamente «nacionales» poseen principalmente una inspiración europea, más que nacional. Las óperas de Wagner no hubieran podido existir sin los poemas épicos nórdicos y las historias celtas de Irlanda. Mucha gente cree que las historias de hadas de los hermanos Grimm son típicas del espíritu germano, pero se trata de historias que les contaron chicas de familias hugonotas que habían huido de Francia y que se inspiraban en los cuentos de Perrault; si creen que la historia de Guillermo Tell y su manzana es típicamente suiza me temo que voy a desilusionarles, porque procede de un cuento danés. Podría seguir durante horas explicando que la identidad europea no es algo inventado: en cuanto uno comienza a revisar la historia del arte europeo percibe que realmente esa identidad existe. Como es lógico, cada país tiene un color específico, pero la fluctuación es europea.

Un último gran ejemplo. La música clásica, uno de los grandes logros del arte europeo, solo fue posible gracias a la invención de la notación musical. Otras culturas —la india, por ejemplo— poseen unas figuras rítmicas mucho más complejas, y los pigmeos un asombroso sistema polifónico. Durante cientos de años, sin embargo, este sistema armónico y rítmico ha permanecido tal cual. La notación musical europea permitió una muy rápida evolución en la creación musical, con una enorme diversidad que va desde la polifonía hasta la monodía, desde el contrapunto hasta la sonata, desde el sistema tonal hasta el dodecafónico y el modal. Esta *musique savante* no se limita a una única nación europea, sino que se compuso en todas ellas. Lo mismo sucede con la llamada ópera *nacional*, que se representaba en todas partes. Verdi escribió una ópera para San Petersburgo,

*Lohengrin* de Richard Wagner fue todo un éxito en Venecia y los rusos Modest Mussorgski y Piotr Ilich Chaikovski llegaron a convertirse en auténticos héroes en París.

Terminemos con algunas anécdotas: en Europa no les ponemos números a nuestras calles, sino nombres de personajes o acontecimientos históricos. La diferencia entre un bar norteamericano y un café europeo es evidente. Al café Landtmann de Viena, al Falstaff de Bruselas, al Círculo de Bellas Artes de Madrid y al Deux Magots de París uno va a leer el periódico o a hablar con los amigos; en un café norteamericano la luz es tenue, más para un encuentro sentimental que intelectual.

#### CONCLUSIÓN

Al hablar de la identidad cultural europea no quería concederle un estatuto privilegiado, sino hacer comprender que esta identidad es real y no una invención del Parlamento o la Comisión Europea.

Dado que la integración política de las naciones europeas ha de ser el siguiente paso en la construcción de la Comunidad Europea, y dado que es evidente que el reflejo nacional dificulta mucho las decisiones a tomar, todavía hay mucho que hacer en cuanto a la difusión de la identidad cultural europea.

Los jóvenes que conocen las ventajas del programa Erasmus, que pueden viajar desde Oslo hasta Lisboa sin tener que mostrar su pasaporte y que pueden trabajar en cualquier país europeo sin un permiso de trabajo específico, además de poder trasladar sus maletas sin tener que hacer grandes y largas colas, como yo tuve que hacer en su momento al trasladarme a vivir

a Austria para dirigir el Festival de Salzburgo, deben ser conscientes de que ello es posible gracias a la Comunidad Europea.

Hay que dejar claro, en cualquier caso, que la integración europea no destruye en absoluto el color local de las diferentes naciones, o mejor digamos regiones. Eso podría suceder con más rapidez sin la Comunidad Europea, mediante la globalización del mercado. También hemos de dejar claro que los nacionalistas, que defienden sus privilegios nacionales contra la Comunidad Europea, representan naciones, que también son el resultado de una rica variedad de regiones. Hubo una época en Francia donde además de la lengua de oc se hablaba la de oïl; los bávaros de Múnich se siguen enfadando si los confundes con los prusianos de Berlín, pero también hubo un momento en el que el joven Federico II Hohenstaufen, nacido en Sicilia y que vivió a caballo entre esta isla e Italia, nunca se hubiera considerado italiano, sino miembro del Sacro Imperio Romano-Germánico.

Todo esto significa que debemos educar a la nueva generación en el conocimiento de que una Federación Europea es la evolución lógica de una estructura estatal para el continente europeo dentro de las necesidades de nuestro mundo a comienzos del siglo XXI, pero también de que dentro de esa Federación Europea las muchas diferencias culturales de las regiones tendrán la posibilidad de expresarse. En este mismo contexto, no conviene olvidar que todos los intentos separatistas han nacido de razones políticas personales, más que de argumentos culturales, y que son expresiones de un feudalismo tardío en el contexto de nuestra situación cultural y económica al comienzo de este siglo.

Mozart viajó por toda Europa, visitando Alemania, Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, la República Checa, Eslovaquia e Italia, durante más de tres mil días de su corta vida. Hablaba con fluidez alemán, francés e italiano y estudió inglés. Cultivó los ideales masones, así como la solidaridad cristiana, además de ser un adepto de la Declaración de los Derechos Humanos. Sus óperas son la mayor expresión de su arte, pues combinan la complejidad del lenguaje sinfónico alemán con la belleza del bel canto italiano. Firmaba sus libretos con su nombre a la francesa, Amadé. Es uno de los muchos artistas que pueden servirnos de guía.